

COLECCIÓN | NÚMERO 1

SANJUANISTA



Carta apostólica *Maestro en la fe*

[Incluye la versión italiana y la homilía en Segovia (1982)]

SAN JUAN PABLO II

Maestro en la fe

1 / Colección «sanjuanista»

San Juan Pablo II

Carta apostólica
Maestro en la fe

con ocasión del IV Centenario de la muerte
de san Juan de la Cruz, doctor de la Iglesia

[Incluye la versión italiana
y la homilía san Juan Pablo II en Segovia en 1982]



La Marsa

2020

El texto del presente volumen
está tomado de la página vatican.va

2ª edición digital, en esta colección:
Junio 2020

Monastère «Bx. Charles de Foucauld»

Villa Lavigerie – B.P. 6 – 2070

LA MARSA – TUNIS

moinesive@ive.org

Introducción general a toda la colección

«La mística no es quietismo: es acecho.
No es desesperación: es inquietud de asunción».
(Ignacio Anzoátegui)

El p. Alfonso Torres decía de san Juan de la Cruz que era no solamente un santo, sino también un «maestro de santidad»¹. Y esta es una nota de grandeza: «qui autem fecerit et docuerit, hic *magnus* vocabitur in regno caelorum» (Mt 5, 19).

San Juan de la Cruz es, en efecto, un alma de talla prodigiosa.

Es un alma que deslumbra. Tanto por la admirable magnitud de sus dotes humanas, cuanto por el ingente trabajo espiritual que ejercitó sobre sí mismo llevado de la gracia.

Es un alma de una vida natural y sobrenatural tan espléndida como intensa, a través de la cual adquirió una capacidad tal de amar a Dios y a todo por Dios que se antoja, a vista externa, ilimitada.

¹ Cf. TORRES, ALFONSO, «San Juan de la Cruz, Doctor de la perfecta abnegación»; en *Manresa* XIV (1942), 193-201. Reproducido en *Obras completas del p. Alfonso Torres, S. I.*, t. IX: «El escándalo de la cruz», BAC, Madrid 1973, 386-395.

Es un caso muy singular de fuerza física, de equilibrio personal, de genio y de talento, de entrega denodada, de fineza de espíritu, de mística y de arte.

Y a todo eso sumado el don insigne de saberlo dar; esa «otra merced» que dice santa Teresa «es saberla decir y dar a entender cómo es» la gracia recibida²; ese «arte de las artes»³ que es saber esculpir en los otros corazones, a golpe de hierro, la imagen de Jesucristo, grabándoles el sello de una pertenencia perenne.

Por eso san Juan Pablo II, peregrino a sus reliquias en Segovia, el año de 1982, lo reconoció como el «*gran maestro de los senderos que conducen a la unión con Dios*»⁴.

Y en verdad es *maestro grande* de ese «estrecho camino que lleva a la vida, que pocos encuentran» (Mt 7, 14); es *guía seguro* para «subir hasta la cumbre del monte, que es el alto estado de la perfección que aquí llamamos unión del alma con Dios»⁵. Porque como pocos santos y como menos maestros, el grande de Fontiveros ha señalado con su doctrina, y ha mostrado con el ejemplo de su vida, cuál sea esa unión que es el fin de nuestra vida, y cuál el camino que hay que necesariamente andar para llegar a ella.

Conocido es su esquema de perfección trazado sobre el dibujo de un monte, el Monte Carmelo, al cual se sube de-

² *Vida*, 17, 5.

³ SAN GREGORIO MAGNO, *Regula pastoralis*, I, 1: «ars est artium regimen animarum».

⁴ S. JUAN PABLO II, *Homilía en la liturgia de la palabra en honor de san Juan de la Cruz*, Segovia, 4 de noviembre de 1982, 2.

⁵ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida del Monte Carmelo*, Argumento.

rechamente, sin rodeos, por esa senda empedrada de una sola palabra, repetida todas las veces que sea necesario: NADA. Ningún otro camino conduce solamente a Dios como este: «*Si quis vult post me venire, abneget semetipsum et tollat crucem suam et sequatur me*» (Mt 16, 24).

«Y así querría yo persuadir a los espirituales cómo este camino de Dios no consiste en multiplicidad de consideraciones, ni modos, ni maneras, ni gustos (aunque esto, en su manera, sea necesario a los principiantes) sino en *una cosa sola necesaria, que es saberse negar de veras, según lo exterior e interior, dándose al padecer por Cristo y aniquilarse en todo*, porque, ejercitándose en esto, todo esotro y más que ello se obra y se halla en ello. Y si en este ejercicio hay falta, que es el total y la raíz de las virtudes, todas esotras maneras es andar por las ramas y no aprovechar, aunque tengan tan altas consideraciones y comunicaciones como los ángeles. Porque el aprovechar no se halla sino imitando a Cristo, que es *el camino y la verdad y la vida*, y *ninguno viene al Padre* sino por él, según él mismo dice por san Juan (14, 6). Y en otra parte (10, 9) dice: *Yo soy la puerta; por mí si alguno entrare, salvarse ha*. De donde todo espíritu que quiere ir por dulzuras y facilidad y huye de imitar a Cristo, no le tendría por bueno»⁶.

Es la cruz llevada por Cristo y con Cristo, en desnudez de todo lo sensible y lo espiritual, afectiva y efectivamente según Dios nos lo pidiese, la única que nos dispone convenientemente para la unión con Dios. Y el motivo más hondo es que esta unión, como muy bien lo enseña san Juan de

⁶ *Subida del Monte Carmelo* [S], l. 2, c. 7, 8.

la Cruz, es unión de voluntades, de amores, unión de caridad. Y la voluntad no puede someterse a dos señores (cf. Mt 6, 24). «No caben en una voluntad» –dice el santo y maestro– «afición de criatura y afición de Dios. Porque ¿qué tiene que ver criatura con Criador, sensual con espiritual, visible con invisible, temporal con eterno, manjar celestial puro espiritual con el manjar del sentido puro sensual, desnudez de Cristo con asimiento en alguna cosa?»⁷.

La unión con Dios es ciertamente nuestro fin: «In hoc est sanctitas hominis quod *ad Deum vadat*»⁸. Y es el cielo comenzado, es nuestra perfección, nuestra santidad, nuestra plenitud. Pero para descansar allí es preciso mucho bregar, empleándose a destajo, para no ser como aquellos «que no querían que les costase Dios más que hablar, y aun eso mal; y por Él no quieren hacer casi cosa que les cueste algo»⁹:

«Viendo el alma que para hallar al Amado no le bastan gemidos y oraciones, ni tampoco ayudarse de buenos terceros (como ha hecho en la primera y segunda canción), por cuanto el deseo con que le busca es verdadero y su amor grande, no quiere dejar de hacer alguna diligencia de las que de su parte puede –porque el alma que de veras a Dios ama no empereza hacer cuanto puede por hallar al Hijo de Dios, su Amado–, y aun después que lo ha hecho todo no se satisface ni piensa que ha hecho nada»¹⁰.

⁷ 1S 6, 1.

⁸ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Super Ev. s. Ioannis lect.*, c. XIII, l. 1.

⁹ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual – segunda redacción [CB]*, canción 3, 2.

¹⁰ CB, canción 3, 1.

El objeto de esta colección que aquí presentamos no es otro que el de ayudar, a quienes se acerquen a sus volúmenes, a que se pongan en la huella del conocimiento interno de esta senda de desnudez enseñada por san Juan de la Cruz; para que él mismo les diga después el modo de atacar la cumbre.

Y de aquí que desde el inicio declaremos nuestras intenciones, con el recurso a un texto programático, que es parte muy significativa del legado inmenso de san Juan Pablo II: su Carta «*Maestro en la fe*», que dirigió al p. Felipe Sáinz de Baranda, prepósito general de la Orden de los Descalzos de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo, con ocasión del IV Centenario de la muerte de san Juan de la Cruz, en 1991.

Juan Pablo II, que es Padre de nuestra Familia religiosa, y es también quizás el más grande de los hombres de nuestro tiempo, se alza como un testigo autorizado e irrefragable de la *contemporaneidad* del magisterio sanjuanista.

Ha abrevado en él, trascendiendo las limitaciones de tiempos, espacios, temas y lenguaje¹¹.

Porque ha sabido «tocar» su espíritu, entablando con san Juan de la Cruz una amistad íntima que va más allá de los límites meramente humanos; y dejando al maestro con-

¹¹ Cf. en este mismo volumen, Carta ap. *Maestro en la fe*, 2.

figurar su alma tan excepcionalmente grande. Él mismo lo recordaba en Segovia con estas sentidas palabras:

«Doy gracias a la Providencia que me ha concedido venir a venerar las reliquias, y a evocar la figura y doctrina de san Juan de la Cruz, a quien tanto debo en mi formación espiritual. Aprendí a conocerlo en mi juventud y pude entrar en un diálogo íntimo con este maestro de la fe, con su lenguaje y su pensamiento, hasta culminar con la elaboración de mi tesis doctoral sobre *La fe en San Juan de la Cruz*. Desde entonces he encontrado en él un amigo y maestro, que me ha indicado la luz que brilla en la oscuridad, para caminar siempre hacia Dios,

“sin otra luz ni guía
que la que en el corazón ardía.

Aquesta me guiaba
más cierto que la luz del mediodía”¹².

El joven Karol Wojtyła había conocido las obras de san Juan de la Cruz en la escuela espiritual de Jan Tyranowski, sastre de oficio y místico de ejercicio, «que lo iluminó sobre el profundo significado de la oración e hizo que aumentase en él la devoción por lo divino»¹³. Luego, una vez ordenado sacerdote, en sus años de estudio universitario, pudo profundizar el conocimiento científico de quien ya era su amigo y su maestro, dándole sus primeros esfuerzos intelectuales de enjundia¹⁴. El posterior testimonio de práctica de las vir-

¹² Cf. *Homilía...*, Segovia, 2.

¹³ ODER, SŁAWOMIR, *Por qué es santo*, Ediciones B, Barcelona 2010, 31.

¹⁴ «En la producción literaria de Karol Wojtyła las primicias se las lleva, al menos cronológicamente, san Juan de la Cruz. Este dato de simple constatación bibliográfica resulta precioso a la hora de intentar una cala en la perso-

tudes teologales, de fortaleza invencible, de amor por la verdad y de coraje en el sacrificio con que asombró primero a Polonia, y después al mundo entero, enraíza en aquellas verdades sanjuanistas maduradas en sus años de formación, en ese «diálogo íntimo» que en el fondo de su pecho había sabido establecer con el maestro de las sendas de la cruz y de la fe.

La fe como criterio y la cruz como camino son los estandartes de las almas grandes, de las que Dios elige poner *como espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres* (cf. 1Cor 4, 9).

Y por eso queremos recrear en cada monje ese «diálogo íntimo» con san Juan de la Cruz, porque él todavía puede enseñarnos a todos a portar virilmente esos blasones en cada momento y ante cada circunstancia, en razón de sólo Dios, «por lo que la mística tiene del supremo heroísmo de entregarse con los honores debidos al que se entrega por que se le da la gana, sin más razón que el amor; como se entrega la Amada en el Amante: desesperadamente»¹⁵.

Porque en ese «diálogo íntimo» con san Juan de la Cruz se puede aprender a experimentar cómo «la luz de la fe, por

nalidad científica del ilustre escritor polaco» (HUERGA, ÁLVARO, «Introducción»; en WOJTYŁA, KAROL, *La fe según san Juan de la Cruz*, BAC, Madrid 2004, XI). En nota se pone esta ficha bibliográfica: «CAROLUS WOJTYŁA, *Doctrina de fide apud s. Ioannem a Cruce*, ms. 1948-59 (Archivo Universidad Santo Tomás, Roma), p. XXIII-296+[2]; KAROL WOJTYŁA, *Quæstio de fide apud s. Ioannem a Cruce*, Collectanea theologica (Varsovia) 21 (1949-50), p. 418-68; KAROL WOJTYŁA, *O humanizmie św. Jana od Krzyża* (= *El humanismo de san Juan de la Cruz*), Znak 1 (1951), p. 6-20».

¹⁵ ANZOÁTEGUI, IGNACIO B., «Prólogo»; en S. JUAN DE LA CRUZ, *Obras escogidas*, Espasa-Calpe, Madrid 1974⁷, 10.

su grande exceso, oprime y vence la del entendimiento, la cual sólo se extiende de suyo a la ciencia natural, aunque tiene potencia para lo sobrenatural para cuando nuestro Señor la quisiere poner en acto sobrenatural»¹⁶.

Porque nuestra vocación contemplativa es señera respecto de la Iglesia y respecto de nuestro amado Instituto. Porque de nosotros se espera una grandeza tal, que pueda conmover la raíz de anhelo de infinito que hay en cada alma, para mojarle atrevidamente la oreja al Anticristo. Y porque «todo lo creado gime y tiene dolores de parto» (Rom 8, 22), anhelando que se acelere el movimiento de retorno a su Creador; movimiento que a nosotros nos tiene expuestos en vanguardia, reclamando que con la prisa de los enamorados no perdamos minuto en «llevarlo a término renunciando a todo y apuntando directamente al Fin»¹⁷.

* * *

Esta colección, así llamada, «sanjuanista», pretende venir en la ayuda de estos desvelos. Quiere ser un instrumento de profundización y un vehículo de conocimiento interno de la vida y de la obra de san Juan de la Cruz. Está pensada fundamentalmente para nosotros, y por eso no se difunde sino de modo digital; y está hecha por nosotros (con insignes excepciones, tal la del volumen primero que aquí presentamos).

¹⁶ 2S 3, 1.

¹⁷ *Directorio de vida contemplativa*, 3.

A Dios nuestro Señor pedimos que la sepa hacer fructificar, si es su Voluntad, para que desde su primer movimiento se agiten ideas, se muevan nuestros espíritus a compartir algo de alimento sólido, y sobre todo para que encontremos todos «un motivo para seguir esperando», hasta que nos despunte el día de Cristo, convencidos de que, como cantaba Ignacio Anzoátegui:

«La mística no es quietismo: es acecho. No es desesperación: es inquietud de asunción. El místico no se abandona a sí mismo: se abandona a Dios para que Dios lo asuma. Se niega, pero lo hace delante de Dios, y lo hace para acceder de una manera más perfecta a la única voluntad valledera. No reclama a Dios el reconocimiento de un derecho, pero sabe que Dios ha formulado al hombre una promesa»¹⁸.

Que es lo que san Juan de la Cruz quiso dar a entender al enseñarnos que «el que busca a Dios queriéndose estar en su gusto y descanso, de noche le busca, y así no le hallará; pero el que le busca por el ejercicio y obras de las virtudes, dejado aparte el lecho de sus gustos y deleites, éste le busca de día, y así le hallará, porque lo que de noche no se halla de día parece [...] Esto dice porque el camino de buscar a Dios es ir obrando en Dios el bien y mortificando en sí el mal»¹⁹.

¹⁸ ANZOÁTEGUI, I., «Prólogo», 9.

¹⁹ CB, canción 3, 3-4.

Carta apostólica
Maestro en la fe

del Sumo Pontífice
Juan Pablo II

Al Rvdm. p. Felipe Sáinz de Baranda,
prepósito general de la orden
de los Hermanos descalzos
de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo
con ocasión del IV Centenario de la muerte
de san Juan de la Cruz, doctor de la Iglesia

Introducción

1. *Maestro en la fe* y testigo del Dios vivo, san Juan de la Cruz se hace presente en la memoria de la Iglesia, particularmente hoy, al celebrarse el IV Centenario de su tránsito a la gloria, que tuvo lugar el 14 de diciembre de 1591, cuando desde su convento de Úbeda fue llamado a la casa del Padre.

Es un gozo para toda la Iglesia comprobar los frutos abundantes de santidad y sabiduría que este hijo suyo sigue dando con el ejemplo de su vida y la luz de sus escritos. En efecto, su figura y sus enseñanzas atraen el interés de los más variados ambientes religiosos y culturales, que en él hallan acogida y respuesta a las aspiraciones más profundas del hombre y del creyente. Abrigo, pues, la esperanza de que esta celebración jubilar sirva para dar más realce y difusión a su mensaje central: *la vida teologal en fe, esperanza y amor*.

Este mensaje, dirigido a todos, es herencia y tarea apremiante para el Carmelo Teresiano que, con razón, lo considera padre y maestro espiritual. Su ejemplo es ideal de vida; sus escritos son tesoro a compartir con cuantos buscan hoy el rostro de Dios; su doctrina es también palabra actual, en especial para España, su patria, cuyas letras y nombre honra con su magisterio de alcance universal.

2. Yo mismo me he sentido atraído especialmente por la experiencia y enseñanzas del santo de Fontiveros. Desde los primeros años de mi formación sacerdotal encontré en él un guía seguro en los senderos de la fe. Este aspecto de su doctrina me pareció de importancia vital para todo cristiano, particularmente en una época como la nuestra, exploradora

de nuevos caminos, pero también expuesta a riesgos y tentaciones en el ámbito de la fe.

Mientras continuaba aún vivo el clima espiritual suscitado por la celebración del IV Centenario del nacimiento del santo carmelita (1542-1942) y Europa renacía de sus cenizas, tras haber experimentado la noche oscura de la guerra, elaboré en Roma mi tesis doctoral en Teología acerca de *La fe según san Juan de la Cruz*¹. En ella analizaba y destacaba la afirmación central del doctor místico: *la fe es el medio único, próximo y proporcionado para la comunión con Dios*. Ya entonces intuía que la síntesis de san Juan de la Cruz contiene no solamente una sólida doctrina teológica sino, sobre todo, una exposición de la vida cristiana en sus aspectos básicos como son la comunión con Dios, la dimensión contemplativa de la oración, la fuerza teologal de la misión apostólica, la tensión de la esperanza cristiana.

Durante mi visita a España, en noviembre de 1982, tuve el gozo de exaltar su memoria en Segovia, ante el sugestivo escenario del acueducto romano, y venerar sus reliquias junto a su sepulcro. Pude proclamar de nuevo allí el gran mensaje de la fe, como esencia de su enseñanza para toda la Iglesia, para España, para el Carmelo. Una fe viva y vigorosa que busca y encuentra a Dios en su Hijo Jesucristo, en la Iglesia, en la belleza de la creación, en la oración callada, en la oscuridad de la noche y en la llama purificadora del Espíritu².

¹ Edición en lengua española: BAC, Madrid 1979.

² Cf. *AAS* LXXV (1983), 293-299.

3. Al celebrar ahora el IV Centenario de su muerte es conveniente, una vez más, ponerse a la escucha de este maestro. Por una feliz coincidencia se hace nuestro compañero de camino para este período de la historia, en los umbrales del año 2000 cuando acaban de cumplirse los 25 años de la clausura del Concilio Vaticano II, que impulsó y favoreció la renovación de la Iglesia en lo que se refiere a pureza de doctrina y santidad de vida. «A la Iglesia» –afirma el Concilio– «toca hacer presentes y como visibles a Dios Padre y a su Hijo encarnado, con la continua renovación y purificación propias bajo la guía del Espíritu Santo. Esto se logra principalmente con el *testimonio de una fe viva y adulta*, educada para poder percibir con lucidez las dificultades y poderlas vencer»³.

Presencia de Dios y de Cristo, purificación renovadora bajo la guía del Espíritu, experiencia de una fe iluminada y adulta. ¿No es éste en realidad el contenido central de la doctrina de san Juan de la Cruz y su mensaje para la Iglesia y los hombres de hoy? Renovar y reavivar la fe constituye la base imprescindible para afrontar cualquiera de las grandes tareas que se presentan hoy con mayor urgencia a la Iglesia: experimentar la presencia salvífica de Dios en Cristo, en el centro mismo de la vida y de la historia, redescubrir la condición humana y la filiación divina del hombre, su vocación a la comunión con Dios, razón suprema de su dignidad⁴, llevar a cabo una nueva evangelización a partir de *la reevan-*

³ CONC. ECUM. VAT. II, Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual [GS], 21.

⁴ GS, 19.

gelización de los creyentes, abriéndose cada vez más a las enseñanzas y a la luz de Cristo.

4. Muchos son los aspectos por los que Juan de la Cruz es conocido en la Iglesia y en el mundo de la cultura: como literato y poeta de la lengua castellana, como artista y humanista, como hombre de profundas experiencias místicas, teólogo y exégeta espiritual, maestro de espíritus y director de conciencias. Como maestro en el camino de la fe, su figura y escritos iluminan a cuantos buscan la experiencia de Dios por medio de la contemplación y del abnegado servicio a los hermanos. En su elevada producción poética, en sus tratados doctrinales –*Subida del Monte Carmelo*, *Noche oscura*, *Cántico espiritual*, y *Llama de Amor viva*–, así como en sus escritos breves y enjundiosos –*Dichos de luz y amor*, *Avisos* y *Cartas*–, el santo nos ha dejado una gran síntesis de espiritualidad y de experiencia mística cristiana. Sin embargo, entre tanta riqueza de temas y contenidos, quiero fijar la atención en su mensaje central: la *fe viva*, guía del cristiano, única luz en las noches oscuras de la prueba, llama ardiente alimentada por el Espíritu.

La fe como bien demuestra el santo con su vida inspira la adoración y la alabanza, confiere a toda la existencia realismo humano y sabor de trascendencia. Deseo, pues, con la luz del «Espíritu Santo enseñador»⁵ y en sintonía con el estilo sapiencial de fray Juan de la Cruz, comentar algunos aspectos de su doctrina acerca de la fe, compartiendo su mensaje con los hombres y mujeres que viven hoy en esta hora de la historia llena de retos y esperanzas.

⁵ *Subida del Monte Carmelo* [S], l. II, c. 29, 1.

I. Maestro en la fe

El marco histórico

5. Las condiciones históricas en que le tocó vivir ofrecían a fray Juan de la Cruz un denso panorama de posibilidades e incentivos para el desarrollo pleno de su fe. Durante su vida (1542-1591), España, Europa y América se abren a una época de religiosidad intensa y creativa; es el tiempo de la expansión evangelizadora y de la reforma católica; pero es también tiempo de desafíos, de rupturas de la comunión eclesial, de conflictos internos y externos. La Iglesia, en esos momentos, tiene que dar respuesta a graves y urgentes tareas: un gran Concilio, el de Trento, doctrinal y reformador; un nuevo continente, América, por evangelizar; un viejo mundo, Europa, por vigorizar en sus raíces cristianas.

La vida de Juan de la Cruz se desarrolla en este marco histórico denso en situaciones y experiencias. Vive su niñez y juventud en extrema pobreza, abriéndose camino con el trabajo de sus manos en Fontiveros, Arévalo y Medina del Campo. Sigue la vocación carmelitana y recibe la formación superior en las aulas de la Universidad de Salamanca. A raíz del encuentro providencial con santa Teresa de Jesús, abraza la reforma del Carmelo e inicia la nueva forma de vida en el primer convento de Duruelo. Primer carmelita descalzo vive las vicisitudes y dificultades de la naciente familia religiosa, como maestro y pedagogo, así como confesor en la Encarnación de Ávila. La cárcel de Toledo, las soledades de El Calvario y La Peñuela en Andalucía, su apostolado en los

monasterios, su tarea de superior van curtiendo su personalidad, que se refleja en la lírica de su poesía y en los comentarios de sus escritos, en la vida conventual sencilla y en un apostolado itinerante. Alcalá de Henares, Baeza, Granada, Segovia y Úbeda son nombres que evocan una plenitud de vida interior, de ministerio sacerdotal y de magisterio espiritual.

Con esta rica experiencia de vida, frente a la situación eclesial de su tiempo, toma una actitud abierta. Conoce los acontecimientos, hace alusión en sus escritos a las herejías y desviaciones. Al final de su vida se ofrece para ir a México a anunciar el Evangelio; hace los preparativos para cumplir sus propósitos pero la enfermedad y la muerte se lo impiden.

6. A las graves urgencias espirituales de su tiempo Juan de Yepes responde abrazando una vocación contemplativa. Con ese gesto no se desentiende de sus responsabilidades humanas y cristianas; por el contrario, al dar ese paso se dispone a vivir con plena conciencia el núcleo central de la fe: buscar el rostro de Dios, escuchar y cumplir su palabra, entregarse al servicio del prójimo.

Él nos demuestra cómo la vida contemplativa es una forma de realizarse plenamente el cristiano. El contemplativo no se limita únicamente a largos ratos de oración. Los compañeros y biógrafos del santo carmelita nos ofrecen de él una imagen dinámica: en su juventud aprendió a ser enfermero y albañil, a trabajar en la huerta y aderezar la Iglesia. Ya adulto, desempeñó responsabilidades de gobierno y de formador, atento siempre a las necesidades espirituales y materiales de sus hermanos. A pie recorrió largos caminos

para asistir espiritualmente a sus hermanas, las Carmelitas Descalzas, persuadido del valor eclesial de su vida contemplativa. En él todo puede resumirse en una honda convicción: *es Dios y sólo él quien da valor y sabor a toda actividad*, «porque donde no se sabe a Dios, no se sabe nada»⁶.

El mejor servicio a las necesidades de la Iglesia lo prestó, pues, con su vida y escritos, desde su peculiar vocación de carmelita contemplativo. Así vivió fray Juan en compañía de sus hermanos y hermanas en el Carmelo: en la oración y el silencio, en el servicio, la sobriedad y la renuncia. Imbuido todo ello por la fe, la esperanza y el amor. Con santa Teresa de Jesús realizó y compartió la plenitud del carisma carmelitano. Juntos siguen siendo en la Iglesia testigos eminentes del Dios vivo.

La tarea de formar creyentes

7. La fe fomenta la comunión y el diálogo con los hermanos para ayudarles a recorrer los senderos que conducen a Dios. Fray Juan fue un auténtico formador de creyentes. Supo iniciar a las personas en el trato familiar con Dios, enseñándoles a descubrir su presencia y su amor en las circunstancias favorables o desfavorables, en los momentos de fervor y en los períodos de aparente abandono. Se acercaron a él espíritus egregios como Teresa de Jesús, a quien hace de guía en las últimas etapas de su experiencia mística; y también personas de gran espiritualidad, representantes de la fe y de la piedad popular, como Ana de Peñalosa, a quien de-

⁶ *Cántico espiritual* – segunda redacción [CB], canción 26, 13.

dicó la *Llama de Amor viva*. Dios le dotó de cualidades apropiadas para esa misión de guía espiritual y forjador de creyentes.

Juan de la Cruz tuvo que realizar en su tiempo una auténtica pedagogía de la fe para librarla de algunos peligros que la acechaban. Por una parte, el peligro de una excesiva credulidad en quienes, sin ningún discernimiento, se fiaban más de visiones privadas o de movimientos subjetivos que del Evangelio y de la Iglesia; por otra, la increencia como actitud radical y la dureza de corazón que incapacitan para abrirse al misterio. El doctor místico, superando esos escollos, ayuda con su ejemplo y doctrina a robustecer la fe cristiana con las cualidades fundamentales de la *fe adulta*, como pide el Concilio Vaticano II: una *fe personal*, libre y convencida, abrazada con todo el ser, una *fe eclesial*, confesada y celebrada en la comunión de la Iglesia; una *fe orante y adorante*, madurada en la experiencia de comunión con Dios; una *fe solidaria y comprometida*, manifestada en coherencia moral de vida y en dimensión de servicio. *Esta es la fe que necesitamos y de la que el santo de Fontiveros nos ofrece su testimonio personal y sus enseñanzas siempre actuales.*

II. Testigo del Dios vivo

Hondura y realismo de su fe personal

8. Juan de la Cruz es un enamorado de Dios. Trataba familiarmente con él y hablaba constantemente de él. Lo llevaba en el corazón y en los labios, porque constituía su verdadero tesoro, su mundo más real. Antes de proclamar y

cantar el misterio de Dios, es su testigo; por eso habla de él con pasión y con dotes de persuasión no comunes: «Ponderaban los que le oían, que así hablaba de las cosas de Dios y de los misterios de nuestra fe, como si los viera con los ojos corporales»⁷. Gracias al don de la fe, los contenidos del misterio llegan a formar para el creyente un mundo vivo y real. El testigo anuncia lo que ha visto y oído, lo que ha contemplado, a semejanza de los profetas y de los apóstoles (cf. 1Jn 1, 1-2).

Como ellos, el santo posee el don de la palabra eficaz y penetrante; no sólo por la capacidad de expresar y comunicar su experiencia en símbolos y poesías, transidos de belleza y lirismo, sino por la exquisitez sapiencial de sus «dichos de luz y amor», por su propensión a hablar «palabras al corazón, bañadas en dulzor y amor», «de luz para el camino y de amor en el caminar»⁸.

Cristo, plenitud de la revelación

9. La viveza y el realismo de la fe del doctor místico estriban en la referencia a los misterios centrales del cristianismo. Una persona contemporánea del santo afirma: «Entre los misterios que me parece tenía grande amor era al de la Santísima Trinidad y también al del Hijo de Dios humanado»⁹. Su fuente preferida para la contemplación de estos

⁷ «Procesos de Beatificación y Canonización. Declaración de fray Alonso de la Madre de Dios»; en *Biblioteca Mística Carmelitana* [BMC], XIV, Burgos 1931, 370.

⁸ *Dichos de luz y amor*, prólogo.

⁹ «Procesos de Beatificación y Canonización. Declaración de María de la Cruz»; en BMC, XIV, 121.

misterios era la Escritura, como tantas veces atestigua; en particular el capítulo 17 del Evangelio de san Juan, de cuyas palabras se hace eco: «*Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo*» (Jn 17, 3).

Teólogo y místico, hizo del misterio trinitario y de los misterios del Verbo Encarnado el eje de la vida espiritual y el cántico de su poesía. Descubre a Dios en las obras de la creación y en los hechos de la historia, porque lo busca y acoge con fe desde lo más íntimo de su ser: «El Verbo Hijo de Dios, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, esencial y presencialmente está escondido en el íntimo ser del alma... Gózate y alégrate en tu interior recogimiento con él, pues le tienes tan cerca. Ahí le desea, ahí le adora»¹⁰.

Dinamismo de la vida teologal

10. ¿Cómo consigue el místico español extraer de la fe cristiana toda esa riqueza de contenidos y de vida? Sencillamente dejando que la fe evangélica despliegue todas sus capacidades de conversión, amor, confianza, entrega. El secreto de su riqueza y eficacia estriba en que la fe es la fuente de la vida teologal: fe, caridad, esperanza. «Estas tres virtudes teologales andan en uno»¹¹.

Una de las aportaciones más valiosas de san Juan de la Cruz a la espiritualidad cristiana es la doctrina acerca del desarrollo de la vida teologal. En su magisterio escrito y oral

¹⁰ CB, 1, 6 y 8.

¹¹ 2S 24, 8.

centra su atención en la trilogía de la fe, la esperanza y el amor, que constituyen las actitudes originales de la existencia cristiana. En todas las fases del camino espiritual son siempre las virtudes teologales el eje de la comunicación de Dios con el hombre y de la respuesta del hombre a Dios.

La fe, unida a la caridad y a la esperanza, produce ese conocimiento íntimo y sabroso que llamamos experiencia o sentido de Dios, vida de fe, contemplación cristiana. Es algo que va más allá de la reflexión teológica o filosófica. Y la reciben de Dios, mediante el Espíritu, muchas almas sencillas y entregadas. Al dedicar el *Cántico Espiritual* a Ana de Jesús, anota el autor: «Aunque a Vuestra Reverencia le falte el ejercicio de teología escolástica con que se entienden las verdades divinas, no le falta el de la mística que se sabe por amor en que, no solamente se saben, mas juntamente se gustan»¹². Cristo se les revela como el Amado, aún más, como el que ama con anterioridad, como canta el poema de «El Pastorcico».

III. Los caminos de la vida de fe

Fe y existencia cristiana

11. «El justo vivirá por la fe» (Rm 1, 17; cf. Ha 2, 4). Vive de la fidelidad de Dios a sus dones y promesas, de la entrega confiada a su servicio. La fe es principio y plenitud de vida. Por eso el cristiano se llama fiel, fiel de Cristo («*Christifideles*»). El Dios de la revelación penetra toda su

¹² CB, prólogo, 3.

existencia. La vida entera del creyente se rige, como criterio definitivo, por principios de fe. Lo advierte el doctor místico: «Para todo ello conviene presuponer un fundamento, que será como un báculo en que nos habemos de ir siempre arrimando; y conviene llevarle entendido, porque *es la luz por donde nos habemos de guiar* y entender en esta doctrina y enderezar en todos estos bienes el gozo a Dios; y es que la voluntad no se debe gozar sino sólo de aquello que es gloria y honra de Dios, y que la mayor honra que le podemos dar es servirle según la perfección evangélica, y lo que es fuera de esto es de ningún valor y provecho para el hombre»¹³.

Entre los aspectos que el santo pone de relieve en la educación de la fe quiero destacar dos que tienen hoy una particular importancia en la vida de los cristianos: *la relación entre razón natural y fe, y la vivencia de la fe a través de la oración interior*.

12. Pudiera sorprender que el doctor de la fe y de la noche oscura ensalce con tanto encarecimiento el valor de la razón humana. Suyo es el célebre axioma: «*Un sólo pensamiento del hombre vale más que todo el mundo; por tanto, sólo Dios es digno de él*»¹⁴. La superioridad del hombre racional sobre el resto de la realidad mundana no debe llevar a pretensiones de dominio terreno, sino que se ha de orientar hacia su fin más propio: la unión con Dios, a quien se asemeja en dignidad. Por tanto, no cabe el desprecio de la razón natural en el campo de la fe, ni la oposición entre la racionalidad humana y el mensaje divino. Al contrario, actúan en ín-

¹³ 3S 17, 2.

¹⁴ *Dichos de luz y amor*, 34.

tima colaboración: «Hay razón natural y ley y doctrina evangélica, por donde muy bastantemente se pueden regir»¹⁵. La fe se encarna y actúa en el hombre, ser racional, con sus luces y sombras; el teólogo y el creyente no pueden renunciar a su racionalidad, sino que deben abrirla a los horizontes del misterio¹⁶.

13. La vivencia de la fe a través de la oración interior es otro aspecto que san Juan de la Cruz pone particularmente de relieve en sus escritos. A este propósito, es una constante preocupación de la Iglesia en la educación de la fe la promoción cultural y teológica de los fieles, para que lleguen a profundizar en su vida interior y sean capaces de dar razón de sus creencias. Pero esa promoción intelectual *ha de pasar por un desarrollo de la dimensión contemplativa de la fe cristiana*, fruto del encuentro con el misterio de Dios. Es ahí precisamente adonde apuntan las grandes preocupaciones pastorales del místico español.

Juan de la Cruz ha educado generaciones de fieles en la oración contemplativa, como «noticia o advertencia amorosa» de Dios y de los misterios que él nos ha revelado. Las páginas que el santo ha dedicado a este tipo de oración son bien conocidas¹⁷. Él invita a vivir con mirada de fe y amor contemplativo la celebración litúrgica, la adoración de la Eucaristía —eterna fuente escondida en el pan vivo—, la con-

¹⁵ 2S 21, 4.

¹⁶ Cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Instrucción sobre la vocación eclesial del teólogo*, 24 de mayo de 1990, 6.

¹⁷ Cf. 2S 13-14; *Llama de amor viva* [Ll] 3, 32 ss.; cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta a los obispos de la Iglesia católica sobre algunos aspectos de la meditación cristiana*, 15 de octubre de 1989, 19.

templación de la Trinidad y de los misterios de Cristo, la escucha amorosa de la Palabra divina, la comunión orante mediante las imágenes sagradas, el estupor ante la belleza de la creación con «bosques y espesuras plantadas por la mano del Amado»¹⁸. En este contexto educa al alma a una forma simplificada de unión interior con Cristo: «Que, pues, Dios entonces, en modo de dar, trata con ella con noticia sencilla y amorosa, también el alma trate con Él en modo de recibir, con noticia o advertencia sencilla y amorosa, para que así se junten noticia con noticia y amor con amor»¹⁹.

La noche oscura de la fe y el silencio de Dios

14. El doctor místico llama hoy la atención de muchos creyentes y no creyentes *por la descripción que hace de la noche oscura como experiencia típicamente humana y cristiana*. Nuestra época ha vivido momentos dramáticos en los que el silencio o ausencia de Dios, la experiencia de calamidades y sufrimientos, como las guerras o el mismo holocausto de tantos seres inocentes, han hecho comprender mejor esta expresión, dándole además un carácter de experiencia colectiva, aplicada a la realidad misma de la vida y no sólo a una fase del camino espiritual. La doctrina del santo es invocada hoy ante ese misterio insondable del dolor humano.

Me refiero a ese *mundo específico del sufrimiento* del que he hablado en la Carta apostólica *Salvifici doloris*. Sufrimientos físicos, morales o espirituales, como la enfermedad,

¹⁸ CB, 4.

¹⁹ LI 3, 34.

la plaga del hambre, la guerra, la injusticia, la soledad, la carencia del sentido de la vida, la misma fragilidad de la existencia humana, la conciencia dolorosa del pecado, la aparente ausencia de Dios, son para el creyente una experiencia purificadora que podría llamarse *noche de la fe*.

A esta experiencia Juan de la Cruz le ha dado el nombre simbólico y evocador de *noche oscura*, con una referencia explícita a la luz y oscuridad del misterio de la fe. Sin pretender dar al angustioso problema del sufrimiento una respuesta de orden especulativo, a la luz de la Escritura y de la experiencia, va descubriendo y entresacando algo de la transformación maravillosa que Dios lleva a cabo en la oscuridad, pues «sabe él tan sabia y hermosamente sacar de los males bienes»²⁰. Se trata, en definitiva, de vivir el misterio de la muerte y resurrección en Cristo con toda verdad.

15. El silencio o ausencia de Dios, como acusación o como simple queja, es un sentimiento casi espontáneo cuando se experimenta el dolor y la injusticia. Los mismos que no atribuyen a Dios la causa de las alegrías, lo responsabilizan a menudo del dolor humano. De manera diferente, pero tal vez con mayor profundidad el cristiano vive el tormento de la pérdida de Dios o su alejamiento de él; hasta puede sentirse arrojado en las tinieblas del abismo.

El doctor de la *noche oscura* halla en esta experiencia una amorosa pedagogía de Dios. El calla y se oculta a veces porque ya ha hablado y se ha manifestado con suficiente claridad. Incluso en la experiencia de su ausencia puede comunicar fe, amor y esperanza a quien se abre a él con hu-

²⁰ CB, 23, 5.

mildad y mansedumbre. Escribe el santo: «Esta blancura de fe llevaba el alma en la salida de esta noche oscura cuando, caminando... en tinieblas y aprietos interiores, ...sufrió con constancia y perseveró, pasando por aquellos trabajos sin desfallecer y faltar al Amado; el cual en los trabajos y tribulaciones prueba la fe de su Esposa, de manera que pueda ella después con verdad decir aquel dicho de David, es a saber: *Por las palabras de tus labios, yo guardé caminos duros* (Sal 16, 4)»²¹.

La pedagogía de Dios actúa en este caso como expresión de su amor y de su misericordia. Devuelve al hombre el sentido de la gratuidad, haciéndose para él don libremente aceptado. Otras veces le hace sentir todo el alcance del pecado, que es ofensa a él, muerte y vacío del hombre. Lo educa también a discernir sobre la presencia o ausencia divina: el hombre ya no tiene que guiarse por sentimientos de gusto o disgusto, sino por fe y amor. Dios es igualmente Padre amoroso, en las horas del gozo y en los momentos del dolor.

La contemplación de Cristo crucificado

16. Sólo Jesucristo, Palabra definitiva del Padre, puede revelar a los hombres el misterio del dolor e iluminar con los destellos de su cruz gloriosa las más tenebrosas noches del cristiano. Juan de la Cruz, consecuente con sus afirmaciones acerca de Cristo nos dice que Dios tras la revelación de su Hijo «ha quedado como mudo y no tiene más que hablar»²²;

²¹ *Noche oscura* [N], II, 21, 5.

²² 2S 22, 4.

el silencio de Dios tiene su más elocuente palabra reveladora de amor en Cristo crucificado.

El santo de Fontiveros nos invita a contemplar el misterio de la cruz de Cristo, como él lo hacía habitualmente, en la poesía de «El Pastorcico» o en su célebre dibujo del Crucificado, conocido como el *Cristo de san Juan de la Cruz*. Sobre el misterio del abandono de Cristo en la cruz escribió ciertamente una de las páginas más sublimes de la literatura cristiana²³. Cristo vivió el sufrimiento en todo su rigor hasta la muerte de cruz. Sobre Él se concentran en los últimos momentos las formas más duras del dolor físico, psicológico y espiritual: «*¿Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?*» (Mt 27, 46). Este sufrimiento atroz provocado por el odio y la mentira, tiene un profundo valor redentor. Estaba ordenado a que «puramente pagase la deuda y uniese al hombre con Dios»²⁴. Con su entrega amorosa al Padre, en el momento del mayor desamparo y del amor más grande, «*hizo la mayor obra que en toda su vida con milagros y obras había hecho, ni en la tierra ni en el cielo, que fue reconciliar y unir al género humano por gracia con Dios*»²⁵. El misterio de la cruz de Cristo desvela así la gravedad del pecado y la inmensidad del amor del Redentor del hombre.

En la vida de fe, el misterio de la cruz de Cristo es referencia habitual y norma de vida cristiana: «Cuando se le ofreciere algún sinsabor y disgusto, acuérdesese de Cristo crucificado y calle. Viva en fe y esperanza, aunque sea a oscuras,

²³ Cf. 2S 7, 5-11.

²⁴ Cf. 2S 7, 5-11.

²⁵ Cf. 2S 7, 5-11.

que en esas tinieblas ampara Dios al alma»²⁶. La fe se convierte en llama de caridad, más fuerte que la muerte, semilla y fruto de resurrección: «No piense otra cosa» –escribe el santo en un momento de prueba– «sino que todo lo ordena Dios; y *adonde no hay amor, ponga amor, y sacaré amor*»²⁷. Porque, en definitiva: «*A la tarde te examinarán en el amor*»²⁸.

IV. Un mensaje de proyección universal

Guía para los que buscan a Dios

17. Es motivo de gozo constatar, al conmemorar el IV Centenario de la muerte de san Juan de la Cruz, la multitud de personas que, desde las más variadas perspectivas, se acercan a sus escritos: místicos y poetas, filósofos y psicólogos, representantes de otros credos religiosos, hombres de cultura y gente sencilla.

Hay quienes se acercan a él atraídos por los valores humanistas que representa, como pueden ser el lenguaje, la filosofía, la psicología. A todos habla de la verdad de Dios y de la vocación trascendente del hombre. Por eso muchos, que leen sus escritos sólo por la hondura de su experiencia o la belleza de su poesía, asimilan consciente o inadvertidamente sus enseñanzas. Por otra parte, los místicos, como nuestro santo, son los grandes testigos de la verdad de Dios y los maestros a través de los cuales el Evangelio de Cristo y

²⁶ Carta n. 20.

²⁷ Carta n. 26.

²⁸ *Dichos de luz y amor*, 59.

la Iglesia católica encuentran, a veces, acogida entre los seguidores de otras religiones.

Pero es también guía de los que buscan una mayor intimidad con Dios en el seno de la Santa Iglesia. Su magisterio es denso en doctrina y vida. De él pueden aprender tanto el teólogo, «llamado a intensificar su vida de fe y a unir siempre la investigación científica y la oración»²⁹, como los directores de conciencia, a los cuales ha dedicado páginas de gran clarividencia espiritual³⁰.

Un mensaje actual para España, su patria

18. Me complace dirigirme, de modo especial en esta ocasión, a la Iglesia en España, que celebra el IV Centenario de la muerte del santo como un acontecimiento eclesial, que ha de proyectarse en los individuos, en las familias, en la sociedad.

En la época en que vivió Juan de la Cruz, España era un foco irradiante de fe católica y de proyección misionera. Estimulado y, a la vez, ayudado por aquel ambiente, el santo de Fontiveros supo elaborar una síntesis armónica de fe y cultura, experiencia y doctrina, construida con los más sólidos valores de la tradición teológica y espiritual de su patria y con la belleza de su lenguaje y poesía. En él tienen los pueblos de España uno de sus representantes más universalmente conocidos.

²⁹ *Instrucción sobre la vocación eclesial del teólogo*, 8.

³⁰ Cf. *Ll* 3, 30 y ss.

Hoy la Iglesia española afronta tareas graves e indeclinables en el campo de la fe y de la vida pública, como han destacado con acierto sus obispos en algunos de los documentos más recientes. Sus esfuerzos deben, pues, orientarse a la revitalización de la vida cristiana, a hacer que la fe católica, convencida y libre, se exprese personal y comunitariamente en *profesión abierta, en vida coherente, en testimonio de servicio*. En una sociedad pluralista como la actual, la opción personal de fe de los cristianos exige una nueva actitud de coherencia con la gracia bautismal, y una adhesión consciente y amorosa a la Iglesia, al tener que afrontar el riesgo del anonimato y la tentación de la increencia.

La Iglesia en España está llamada también a prestar un servicio a la sociedad fomentando una adecuada armonía entre *el mensaje cristiano y los valores de la cultura*. Se trata de suscitar una fe abierta y viva que lleve la savia nueva del Evangelio a los diversos ámbitos de la vida pública. Síntesis que ha de ser llevada a cabo también por los laicos cristianos comprometidos en los variados sectores de la cultura. Para esa profunda renovación interior, comunitaria y cultural, Juan de la Cruz ofrece el ejemplo de su vida y la riqueza de sus escritos.

A los hijos e hijas del Carmelo

19. El creciente interés que san Juan de la Cruz despierta en nuestros contemporáneos es motivo de legítima satisfacción particularmente para los hijos e hijas del Carmelo Teresiano, de quienes él es padre, maestro y guía. Es también un signo de que el carisma de vida y de servicio que

Dios os ha encomendado en la Iglesia sigue teniendo pleno vigor y validez.

Mas el carisma no es posesión material o herencia asegurada de una vez para siempre. Es una gracia del Espíritu que exige de vosotros fidelidad y creatividad, en comunión con la Iglesia, mostrándoos siempre atentos a sus necesidades. A todos los que sois hijos y hermanos, discípulos y seguidores de santa Teresa de Jesús y de san Juan de la Cruz, *os recuerdo que vuestra vocación es motivo de grave responsabilidad, más que de gloria.*

Es ciertamente un valioso servicio a la Iglesia la solicitud y esmero con que cuidáis la presentación de sus escritos y la difusión del mensaje de vuestro padre y doctor de la Iglesia. Y lo es también el esfuerzo por facilitar la comprensión de su doctrina con estudios adecuados y la pedagogía necesaria para iniciar en su lectura y aplicación concreta. La respuesta del Carmelo Teresiano, sin embargo, ha de ir aún mas allá. Tenéis que responder con el testimonio fecundo de una rica experiencia de vida personal y comunitaria. Cada carmelita descalzo, cada comunidad, la Orden entera, están llamados a encarnar los rasgos que resplandecen en la vida y en los escritos del que es como «la imagen viva del carmelita descalzo»: la austeridad, la intimidad con Dios, la oración intensa, la fraternidad evangélica, la promoción de la oración y de la perfección cristiana mediante el magisterio y la dirección espiritual, como específico apostolado vuestro en la Iglesia.

¡Qué bendición sería encontrar la palabra y la vida del santo carmelita, encarnadas y personificadas en cada hijo e hija del Carmelo! Así lo han hecho tantas hermanas y her-

manos vuestros que, a lo largo de estos cuatro siglos, han sabido vivir la intimidad con Dios, la mortificación, la fidelidad a la oración, la ayuda espiritual fraterna, incluso las noches oscuras de la fe. De ellos, Juan de la Cruz ha sido maestro y modelo con su vida y sus escritos.

20. En esta oportunidad no puedo dejar de dirigir una palabra de agradecimiento y de exhortación a todas las Carmelitas Descalzas. El santo las hizo objeto de su predilección al dedicarles lo mejor de su apostolado y de sus enseñanzas. Sabía formarlas una a una y en comunidad, instruyéndolas y orientándolas con su presencia y el ministerio de la confesión. La madre Teresa de Jesús lo había presentado a sus hijas con las mejores credenciales de director espiritual, como «hombre celestial y divino», «muy espiritual y de grandes experiencias y letras», a quien podían abrir sus almas para progresar en la perfección, «pues le ha dado nuestro Señor para esto particular gracia»³¹.

Son innumerables las Carmelitas descalzas que meditando amorosamente los escritos del santo doctor han alcanzado altas cimas en la vida interior. Algunas de ellas son universalmente conocidas como hijas y discípulas suyas. Baste recordar los nombres de Teresa Margarita del Corazón de Jesús, María de Jesús Crucificado, Teresa de Lisieux, Isabel de la Trinidad, Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein), Teresa de los Andes. Seguid, pues, buscando con ahínco, mis queridas Carmelitas descalzas, esparcidas por el mundo entero, *ese amor puro de la intimidad con Dios, que tan fecunda hace vuestra vida en la Iglesia.*

³¹ *Carta a Ana de Jesús*, noviembre-diciembre de 1578.

Conclusión

21. La evocación de san Juan de la Cruz, con ocasión del IV Centenario de su muerte, me ha permitido compartir algunas reflexiones acerca de uno de los mensajes centrales de su magisterio: *las dimensiones de la fe evangélica*. Un mensaje que él, desde las condiciones históricas de su tiempo, encarnó en su corazón y en su vida, y que continúa siendo fecundo en la Iglesia.

Al concluir esta carta me hago peregrino hasta su pueblo natal de Fontiveros donde con el bautismo recibió las primicias de la fe, hasta el convento andaluz de Úbeda donde pasó a la gloria, hasta su sepulcro en Segovia. Estos lugares que evocan su vida terrestre, son también para todo el pueblo de Dios templos de veneración del santo, cátedra permanente desde donde sigue proclamando su mensaje de vida teologal.

Al presentarlo hoy de forma solemne ante la Iglesia y ante el mundo, quiero invitar a los hijos e hijas del Carmelo a los cristianos de su patria, España, así como a cuántos buscan a Dios por los caminos de la belleza, de la teología, de la contemplación, a que escuchen su testimonio de fe y de vida evangélica, para que se sientan atraídos, como él, por la hermosura de Dios y por el amor de Cristo, el Amado.

A nuestro Redentor y a su Santísima Madre encomiendo las actividades que durante este año jubilar tendrán lugar

para conmemorar el tránsito a la gloria de san Juan de la Cruz, mientras imparto de corazón mi bendición apostólica.

Dado en Roma, junto a san Pedro, el día 14 de diciembre, fiesta de san Juan de la Cruz, doctor de la Iglesia, del año 1990, decimotercero de mi Pontificado.

IOANNES PAULUS PP. II

Apéndices

1. Versión italiana de la Carta ap. *Maestro en la fe*.
2. Homilía de san Juan Pablo II en Segovia en 1982.

Lettera apostolica
Maestro della fede
del Santo Padre
Giovanni Paolo II

*Lettera Apostolica di sua Santità Giovanni Paolo II
al Rev.mo P. Felipe Sáinz de Baranda,
Preposito Generale
dell'Ordine dei Fratelli Scalzi
della Beatissima Vergine Maria
del Monte Carmelo,
in occasione del IV Centenario
della morte di San Giovanni della Croce,
Dottore della Chiesa*

Introduzione

1. *Maestro della Fede* e testimone del Dio vivo, San Giovanni della Croce si fa presente nella memoria della Chiesa, soprattutto oggi, nella celebrazione del IV Centenario del suo transito alla gloria, che ebbe luogo il 14 dicembre 1591, quando dal suo convento di Ubeda fu chiamato alla casa del Padre.

È una gioia per tutta la Chiesa verificare gli abbondanti frutti della santità e sapienza che questo suo figlio continua a dare con l'esempio della sua vita e la luce dei suoi scritti. In effetti, la sua figura e il suo insegnamento attirano l'interesse dei più svariati ambienti religiosi e culturali, che in esso trovano accoglienza e risposta alle aspirazioni più profonde dell'uomo e del credente. Nutro, poi, la speranza che questa celebrazione giubilare serva per dare maggiore risalto e diffusione al suo messaggio centrale: la vita teologale nella fede, speranza ed amore.

Questo messaggio, diretto a tutti, è eredità e missione impellente per il Carmelo Teresiano che, a ragione, lo considera Padre e Maestro spirituale. Il suo esempio è ideale di vita; i suoi scritti sono un tesoro da condividere con quanti cercano oggi il volto di Dio; la sua dottrina è anche parola attuale, in modo speciale per la Spagna, sua patria, le cui lettere e nome onora con il suo magistero di portata universale.

2. Io stesso mi sono sentito attratto specialmente dalla esperienza ed insegnamenti del Santo di Fontiveros. Fin dai primi anni della mia formazione sacerdotale trovai in lui una guida sicura nei sentieri della fede. Questo aspetto della sua dottrina mi parve di importanza vitale per tutti i cristiani, soprattutto in una epoca, esploratrice di nuove vie, ma anche esposta a rischi e tentazioni nell'ambito della fede.

Mentre rimaneva ancora vivo il clima spirituale suscitato dalla celebrazione del IV Centenario della nascita del Santo carmelitano (1542-1942) e l'Europa risorgeva dalle sue ceneri, dopo avere sperimentato la notte oscura della guerra, elaborai in Roma la mia tesi dottorale in Teologia su La fede secondo San Giovanni della Croce. In essa analizzavo e mettevo in risalto l'affermazione centrale del Dottore mistico: la fede è l'unico mezzo, prossimo e proporzionato per la comunione con Dio. Già allora intuivo che la sintesi di San Giovanni della Croce contiene non solamente una solida dottrina teologica ma, soprattutto, una esposizione della vita cristiana nei suoi aspetti basilari quali sono la comunione con Dio, la dimensione contemplativa della preghiera, la forza teologale della missione apostolica, la tensione della speranza cristiana.

Durante la mia visita in Spagna, nel novembre del 1982, ebbi la gioia di celebrare la sua memoria in Segovia, davanti al suggestivo scenario dell'acquedotto romano, e venerare le sue reliquie presso il suo sepolcro. Potei proclamare nuovamente lì il

grande messaggio della fede, come essenza del suo insegnamento per tutta la Chiesa, per la Spagna, per il Carmelo. Una fede viva e vigorosa che cerca ed incontra Dio nel suo Figlio Gesù Cristo, nella Chiesa, nella bellezza della creazione, nella preghiera silenziosa, nella oscurità della notte e nella fiamma purificatrice dello Spirito.

3. Nel celebrare ora il IV Centenario della sua morte, è conveniente, una volta di più, porsi in ascolto di questo maestro. Per una felice coincidenza si fa nostro compagno di viaggio in questo periodo della storia, alle soglie dell'anno 2000, quando si compiono i 25 anni della chiusura del Concilio Vaticano II, che diede impulso e favori il rinnovamento della Chiesa in ciò che si riferisce alla purezza della dottrina e santità della vita. «La Chiesa» –afferma il Concilio– «ha il compito di rendere presenti e quasi visibili Dio Padre e il Figlio suo incarnato, rinnovando se stessa e purificandosi anzitutto con la testimonianza di una fede viva e matura, vale a dire opportunamente educata alla capacità di guardare in faccia con lucidità alle difficoltà per superarle».

Presenza di Dio e di Cristo, purificazione rinnovatrice sotto la guida dello Spirito, esperienza di una fede illuminata e adulta. Non è questo in realtà il contenuto centrale della dottrina di San Giovanni della Croce e il suo messaggio per la Chiesa e gli uomini di oggi? Rinnovare e ravvivare la fede costituisce la base imprescindibile per affrontare qualsiasi dei grandi compiti che si presentano oggi con maggiore urgenza alla Chiesa: sperimentare la presenza salvifica di Dio in Cristo, nel centro stesso della vita e della storia, riscoprire la condizione umana e la filiazione divina dell'uomo, la sua vocazione alla comunione con Dio, ragione suprema della sua dignità, portare avanti una nuova evangelizzazione a partire dalla rievangelizzazione dei credenti, aprendosi sempre più all'insegnamento e alla luce di Cristo.

4. Molti sono gli aspetti per i quali Giovanni della Croce è conosciuto nella Chiesa e nel mondo della cultura: come letterato e poeta della lingua castellana, come artista ed umanista, come uomo di profonde esperienze mistiche, teologo ed esegeta spirituale, maestro di spirito e direttore di anime. Come maestro nel cammino della fede, la sua figura e scritti illuminano quanti cercano l'esperienza di Dio per mezzo della contemplazione e dell'abnegato servizio ai fratelli. Nella sua elevata produzione poetica, nei suoi trattati dottrinali –*Salita del Monte Carmelo*, *Notte Oscura*, *Cantico Spirituale*, e *Fiamma viva d'Amore*– così come nei suoi scritti brevi e sostanziosi –*Parole di luce e di amore*, *Avvisi* e *Lettere*–, il Santo ci ha lasciato una sintesi di spiritualità e di esperienza mistica cristiana. Nonostante, fra tanta ricchezza di temi e contenuti, desidero fissare l'attenzione sul suo messaggio centrale: la fede viva, guida del cristiano, unica luce nelle notti oscure della prova, fiamma ardente alimentata dallo Spirito.

La fede, come ben dimostra il Santo con la sua vita, ispira l'adorazione e la lode, conferisce a tutta l'esistenza realismo umano e sapore di trascendenza. Desidero, poi, con la luce dello «Spirito Santo fattosi maestro», in sintonia con lo stile sapienziale di Fra Giovanni della Croce, commentare alcuni aspetti della sua dottrina circa la fede, partecipando il suo messaggio con gli uomini e donne che vivono oggi in questa ora la storia piena di sfide e speranze.

I. Maestro nella Fede

5. Le condizioni storiche nelle quali ebbe a vivere offrirono a Fra Giovanni della Croce un denso panorama di possibilità ed incentivi per il pieno sviluppo della sua fede. Durante la sua vita (1542-1591), la Spagna, l'Europa e l'America si aprirono ad un'epoca di religiosità intensa e creativa; è il tempo dell'espansio-

ne evangelica e della Riforma cattolica; però è anche il tempo delle sfide, delle rotture della comunione ecclesiale dei conflitti interni ed esterni. La Chiesa, in questi momenti, deve dare risposte gravi e impegni urgenti: un gran Concilio, quello di Trento, dottrinale e riformatore; un nuovo continente l'America, da evangelizzare; un vecchio mondo, l'Europa, da rin vigorire nelle sue radici cristiane.

La vita di Giovanni della Croce si snoda in questa cornice storica densa di situazioni ed esperienze. Vive la sua fanciullezza e gioventù in estrema povertà, aprendosi la strada con il lavoro delle sue mani in Fontiveros Arévalo e Medina del Campo. Segue la vocazione carmelitana e riceve la formazione superiore nelle aule dell'Università di Salamanca. Subito dopo il provvidenziale incontro con Santa Teresa di Gesù, abbraccia la Riforma del Carmelo ed inizia la nuova forma di vita nel primo convento di Duruelo. Primo carmelitano scalzo vive le vicissitudini e difficoltà della nascente famiglia religiosa, quale maestro e pedagogo, così come confessore all'Incarnazione di Avila. Il carcere di Toledo, le solitudini di El Calvario e la Penuela in Andalusia, il suo apostolato nei monasteri, il suo lavoro di superiore vanno modellando la sua personalità, che si riflette nella lirica della sua poesia e nei commenti dei suoi scritti, nella vita conventuale semplice e nell'apostolato itinerante. Alcalá de Henares, Baeza, Granada, Segovia ed Ubeda sono nomi che evocano una pienezza di vita interiore, di ministero sacerdotale e di magistero spirituale.

Con la sua ricca esperienza di vita, di fronte alla situazione ecclesiale del suo tempo adotta un atteggiamento aperto. Al termine della sua vita si offre per andare in Messico ad annunziare il Vangelo; fa i preparativi per adempiere i suoi propositi ma la malattia e la morte glielo impediscono.

6. Alle gravi urgenze spirituali del suo tempo Giovanni di Yepes risponde abbracciando una vocazione contemplativa. Con

questo gesto non si affranca dalle sue responsabilità umane e cristiane; al contrario, nel compiere questo passo si dispone a vivere con piena coscienza il nucleo centrale della fede: cercare il volto di Dio, ascoltare e compiere la sua parola, dedicarsi al servizio del prossimo.

Egli ci mostra come la vita contemplativa è una forma nella quale il cristiano si realizza pienamente. Il contemplativo non si limita unicamente a lunghi momenti di preghiera. I compagni e i biografi del Santo carmelitano ci offrono di lui una immagine dinamica: nella sua gioventù imparò ad essere infermiere e muratore, a lavorare nell'orto e ad adornare la Chiesa. Già adulto disimpegnò responsabilità di governo e di formatore, sempre attento alle necessità spirituali e materiali dei suoi fratelli. A piedi percorse lunghe strade per assistere spiritualmente le sue sorelle, le Carmelitane Scalze, convinto del valore ecclesiale della loro vita contemplativa. In lui tutto si può riassumere in una profonda convinzione: è Dio e solo Lui che dà valore e sapore a ogni attività, «poiché dove non si conosce Dio, non si conosce niente».

Il migliore servizio alle necessità della Chiesa lo prestò, perciò, con la sua vita e scritti, nella sua peculiare vocazione di carmelitano contemplativo. Così visse Fra Giovanni in compagnia dei suoi fratelli e sorelle nel Carmelo: nella preghiera e nel silenzio, nel servizio, nella sobrietà e nella rinuncia. Permeato tutto questo dalla fede, dalla speranza e dall'amore. Con Santa Teresa di Gesù realizzò e condivise la pienezza del carisma carmelitano. Insieme continuano ad essere nella Chiesa testimoni eminenti del Dio vivo.

7. La fede alimenta la comunione e il dialogo con i fratelli per aiutarli a percorrere i sentieri che conducono a Dio. Fra Giovanni fu un autentico formatore di credenti. Seppe iniziare le persone al tratto familiare con Dio, insegnando loro a scoprire la sua presenza e il suo amore nelle circostanze favorevoli e sfavorevoli,

nei momenti di fervore e nei periodi di apparente abbandono. Si accostarono a lui spiriti egregi come Teresa di Gesù, alla quale fa da guida nelle ultime tappe della sua esperienza mistica; e anche persone di grande spiritualità, rappresentanti della fede e della pietà popolare, come Anna de Penalosa, alla quale dedicò la fiamma viva d'Amore. Dio lo dotò di qualità appropriate per questa missione di guida spirituale e forgiatore di credenti.

Giovanni della Croce cercò di realizzare nel suo tempo una autentica pedagogia della fede per liberarla da alcuni pericoli che la insidiavano. Da una parte, il pericolo di una eccessiva credulità in coloro che, senza alcun discernimento, si fidavano più delle visioni private o dei movimenti soggettivi che del Vangelo e della Chiesa; dall'altra, la incredulità come attitudine radicale e la durezza del cuore che rendono incapaci di aprirsi al mistero. Il Dottore mistico, superando questi ostacoli, aiuta con il suo esempio e dottrina all'irrobustirsi della fede cristiana con le qualità fondamentali della fede adulta, come chiede il Concilio Vaticano II: una fede personale, libera e convinta, abbracciata con tutto l'essere: una fede ecclesiale, confessata e celebrata nella comunione con la Chiesa; una fede orante ed adorante, maturata nella esperienza della comunione con Dio; una fede solida e impegnata, manifestata con coerenza morale di vita e in dimensione di servizio. Questa è la fede di cui abbiamo bisogno e della quale il Santo di Fontiveros ci offre la sua testimonianza personale e il suo insegnamento sempre attuale.

II. Il testimone del Dio vivo

8. Giovanni della Croce è un innamorato di Dio. Trattava familiarmente con Lui e parlava costantemente con Lui. Lo portava nel cuore e sulle labbra, perché costituiva il suo vero tesoro, il suo mondo più reale. Prima di proclamare e cantare il

mistero di Dio, è il suo testimone; per questo parla di Lui con passione e con doti di persuasione non comuni: «Ponderavano quelli che ascoltavano, perché parlava in modo tale di Dio e dei misteri della nostra fede, come se li vedesse con gli occhi corporali». Grazie al dono della fede, i contenuti del mistero portano a formare per il credente un mondo vivo e reale. Il testimone annuncia ciò che ha visto e udito, ciò che ha contemplato, a imitazione dei profeti e degli apostoli (cf. 1 Gv 1, 1-2).

Come loro, il Santo possedeva il dono della parola efficace e penetrante; non solo per la capacità di esprimere e comunicare la sua esperienza in simboli e poesie, ricche di bellezza e di lirismo, ma per la squisitezza sapienziale delle sue «parole di luce e amore», per la sua propensione a dire «parole al cuore, impregnate di dolcezza e amore», «di luce per la via e di amore durante il cammino».

9. La vivacità e il realismo della fede del Dottore mistico si basa sulla relazione ai misteri centrali del cristianesimo. Una persona contemporanea del Santo afferma: «Tra i misteri che mi pare amasse grandemente era quello della Santissima Trinità e anche del Figlio di Dio incarnato». La sua fonte preferita per la contemplazione di questi misteri era l'Eucaristia, come molte volte attesta; in particolare il capitolo 17 del Vangelo di San Giovanni, delle cui parole si fa eco: «Questa è la vita eterna: che conoscano te, l'unico vero Dio, e che tu hai inviato, Gesù Cristo» (Gv 17, 3).

Teologo e mistico, ha fatto del mistero trinitario e dei misteri del Verbo Incarnato l'asse della vita spirituale e del cantico della sua poesia. Scopre Dio nelle opere della creazione e nei fatti della storia, poiché lo cerca e accoglie con fede nel più profondo del suo essere: «Il Verbo figlio di Dio, insieme con il Padre e con lo Spirito Santo essenzialmente e presenzialmente se ne sta nascosto

nell'interno dell'anima... Gioisci e rallegrati pure con Lui nel tuo raccoglimento interiore, poiché lo hai così vicino! Qui desideralo, adoralo».

10. Come riesce il mistico spagnolo ad estrarre dalla fede cristiana tutta questa ricchezza di contenuti e di vita? Semplicemente lasciando che la fede evangelica dispieghi tutte le sue capacità di conversione, amore, confidenza, dedizione. Il segreto della sua ricchezza ed efficacia sta nel fatto che la fede è la fonte della vita teologale: fede, carità, speranza. «Queste tre virtù teologali progrediscono insieme».

Uno degli apporti più validi di S. Giovanni della Croce alla spiritualità cristiana è la dottrina circa lo svolgimento della vita teologale. Nel suo magistero scritto ed orale centra la sua attenzione nella trilogia della fede, della speranza e dell'amore, che costituiscono le attitudini originali dell'esistenza cristiana. In tutte le fasi del cammino spirituale sono sempre le virtù teologali la base della comunicazione di Dio con l'uomo e della risposta dell'uomo a Dio.

La fede, unita alla carità e alla speranza, produce questa conoscenza intima e saporosa che chiamiamo esperienza o senso di Dio, vita di fede, contemplazione cristiana. È qualche cosa che va molto al di là della riflessione teologica e filosofica. E la ricevono da Dio, mediante lo Spirito, molte anime semplici e arrendevoli. Nel dedicare il Cantico Spirituale ad Anna di Gesù, l'Autore annota: «Benché a Vostra Reverenza manca la pratica della teologia scolastica, mediante la quale si intendono le verità divine, non le manca quella della mistica, che si conosce per amore, nel quale le cose non solo si conoscono, ma insieme si gustano». Cristo gli si rivela come l'amato, di più, come Colui che ama con precedenza, come canta il poema de «El Pastorcico».

III. Le vie della vita di fede

11. «Il giusto vivrà per la fede» (Rm 1, 17; cf. Ab 2, 4). Vive della fedeltà di Dio ai suoi doni e promesse, della consegna fiduciosa al suo servizio. La fede è principio e pienezza della vita. Per questo il cristiano si chiama fedele, fedele di Cristo («Christifidelis»). Il Dio della rivelazione penetra tutta la sua esistenza. La vita intera del credente si regge, come criterio definitivo, sui principi della fede. Lo avverte il Dottore mistico: «A tale scopo conviene presupporre un fondamento che sarà come un bastone su cui devono sempre appoggiare. Bisogna bene intenderlo poiché è la luce attraverso cui noi ci dobbiamo incamminare e per mezzo della quale è necessario non solo che intendiamo questa dottrina, ma che indirizziamo in tutti questi beni la gioia a Dio: ed è che la volontà non deve gioire se non di ciò che è a onore e gloria di Dio; il maggiore onore poi che gli possiamo rendere è quello di servirlo secondo la perfezione evangelica; quanto dunque evade da ciò non è di nessun valore e profitto per l'uomo».

Tra gli aspetti che il Santo pone in rilievo nella educazione della fede desidero metterne in risalto due che hanno oggi una particolare importanza nella vita dei cristiani: la relazione tra ragione naturale e fede, e l'esperienza della fede attraverso la preghiera interiore.

12. Potrebbe sorprendere che il Dottore della fede e della notte oscura esalti con tanto calore il valore della ragione umana. È suo il celebre assioma: «Un solo pensiero dell'uomo vale più del mondo intero; perciò, solo Dio è degno di esso». La superiorità dell'uomo razionale sul resto della realtà mondana non deve portare a pretese di dominio terreno, ma si deve orientare verso il suo fine più proprio: l'unione con Dio, al quale si assomiglia in dignità. Pertanto, non si comprende il disprezzo della ragione naturale nel campo della fede, né l'opposizione tra la razionalità

umana e il messaggio divino. Al contrario, operano in intima collaborazione: «Abbiamo la ragione naturale e la legge e la dottrina evangelica con cui possiamo sufficientemente regolare». La fede si incarna ed attua nell'uomo, essere razionale, con le sue luci ed ombre; il teologo e il credente non possono rinunciare alla loro razionalità, ma devono aprirla agli orizzonti del mistero.

13. L'esperienza della fede attraverso la preghiera interiore è un altro aspetto che San Giovanni della Croce pone particolarmente in rilievo nei suoi scritti. A questo proposito, è una costante preoccupazione della Chiesa nella educazione della fede la promozione culturale e teologica dei fedeli, perché giungano ad approfondire nella loro vita interiore e siano capaci di dare ragione della loro fede. Però questa promozione intellettuale deve passare attraverso uno sviluppo della dimensione contemplativa della fede cristiana, frutto dell'incontro con il mistero di Dio. È proprio qui dove si appuntano le grandi preoccupazioni pastorali del mistico spagnolo.

Giovanni della Croce ha educato generazioni di fedeli nella preghiera contemplativa, come «notizia o attenzione amorosa» di Dio e dei misteri che Lui ci ha rivelato. Le pagine che il Santo ha dedicato a questo tipo di preghiera sono ben conosciute. Egli invita a vivere con sguardo di fede e di amore contemplativo la celebrazione liturgica, l'adorazione della Eucaristia –eterna fonte nascosta nel pane divino– la contemplazione della Trinità e dei misteri di Cristo, l'ascolto amoroso della Parola divina, la comunione orante mediante le immagini sacre, lo stupore di fronte alla bellezza della creazione con «boschi e selve ombrose piantate dalla mano dell'Amato». In questo contesto educa l'anima ad una forma semplificata della unione interiore con Cristo: «Siccome allora Dio nel fare le sue grazie tratta con lei con notizia semplice e amorosa, anche l'anima, nel riceverle, tratti con Lui con notizia

o avvertenza semplice e amorosa, perché in tal modo notizia si unisca con notizia e amore con amore».

14. Il Dottore mistico richiama oggi l'attenzione di molti credenti e non credenti per la descrizione che fa della notte oscura come esperienza tipicamente umana e cristiana. La nostra epoca ha vissuto momenti drammatici nei quali il silenzio o assenza di Dio, l'esperienza di calamità e sofferenze, come le guerre o lo stesso olocausto di tanti esseri innocenti, hanno fatto comprendere meglio questa espressione, dandole inoltre un carattere di esperienza collettiva, applicata alla realtà stessa della vita e non solo ad una fase del cammino spirituale. La dottrina del Santo è invocata oggi di fronte a questo mistero insondabile del dolore umano.

Mi riferisco a questo mondo specifico della sofferenza del quale ho parlato nella Esortazione apostolica *Salvifici doloris*. Sofferenze fisiche, morali o spirituali, come la malattia, la piaga della fame, la guerra, l'ingiustizia, la solitudine, la mancanza del senso della vita, la stessa fragilità della esistenza umana, la coscienza dolorosa del peccato, la apparente assenza di Dio, sono per il credente una esperienza purificatrice che potrebbe chiamarsi notte oscura.

A questa esperienza Giovanni della Croce ha dato il nome simbolico ed evocatore di notte oscura, con un riferimento esplicito alla luce e oscurità del mistero della fede. Senza pretendere di dare all'angustioso problema della sofferenza una risposta di ordine speculativo, alla luce della Scrittura e della esperienza, va scoprendo e scegliendo qualche cosa della meravigliosa trasformazione che Dio porta a compimento nella oscurità, poiché «sa saggiamente e bellamente far nascere il bene dal male». Si tratta, in definitiva, di vivere il mistero della morte e resurrezione in Cristo con tutta verità.

15. Il silenzio o assenza di Dio, come accusa o come semplice lamento, è un sentimento così spontaneo quando si sperimenta il dolore e la ingiustizia. Gli stessi che non attribuiscono a Dio la causa delle gioie, lo responsabilizzano spesso del dolore umano. In maniera differente, ma forse con maggiore profondità, il cristiano vive il tormento della perdita di Dio o del suo allontanamento da lui; perfino può sentirsi lanciato nelle tenebre dell'abisso.

Il Dottore della notte oscura porta in questa esperienza una amorosa pedagogia di Dio. Egli tace e a volte si nasconde perché già ha parlato e si è manifestato con sufficiente chiarezza. Perfino nella esperienza della sua assenza può comunicare fede, amore e speranza a chi si apre a Lui con umiltà e mansuetudine. Scrive il Santo: «L'anima indossava il bianco vestito della fede mentre usciva da questa notte oscura, allorché camminando... in mezzo a tenebre e angustie interiori... soffrì con perseveranza passando per quei travagli senza stancarsi e venir meno all'Amato, il quale nei travagli e nelle tribolazioni prova la fede della sua sposa, affinché essa possa dire con verità le parole di Davide: "Per le parole delle tue labbra io persevererò per aspri sentieri" (Sal 16, 4)».

La pedagogia di Dio agisce in questo caso come espressione del suo amore e della sua misericordia. Restituisce all'uomo il senso della gratitudine, facendosi per lui dono liberamente accettato. Altre volte gli fa sentire tutta la portata del peccato, che è offesa a Lui, morte e vuoto dell'uomo. Lo educa anche a discernere sulla presenza o assenza divina: l'uomo non deve farsi guidare da sentimenti di gusto o disgusto, ma dalla fede e amore. Dio è ugualmente Padre amoroso, nelle ore della gioia e nei momenti del dolore.

16. Solo Gesù Cristo, Parola definitiva del Padre, può rivelare agli uomini il mistero del dolore e illuminare con i raggi della sua croce gloriosa le più tenebrose notti del cristiano. Giovanni della

Croce, conseguente con le sue affermazioni intorno a Cristo, ci dice che Dio, dopo la rivelazione del suo Figlio, «è rimasto quasi come muto non avendo altro da dire»; il silenzio di Dio ha la sua più eloquente parola rivelatrice di amore nel Cristo crocifisso.

Il Santo di Fontiveros ci invita a contemplare il mistero della Croce di Cristo, come lui lo faceva abitualmente, nella poesia de «El Pastorcico» o nel suo celebre disegno del Crocifisso, conosciuto come il Cristo di San Giovanni della Croce. Sul mistero dell'abbandono di Cristo nella croce scrisse certamente una delle pagine più sublimi della letteratura cristiana. Cristo visse la sofferenza in tutto il suo rigore fino alla morte di croce. Su di lui si concentrarono negli ultimi momenti le forme più dure del dolore fisico, psicologico e spirituale: «Dio mio, Dio mio! perché mi hai abbandonato?» (Mt 27, 46). Questa sofferenza atroce, causata dall'odio e dalla menzogna, ha un profondo valore redentore. Era ordinata a che «semplicemente pagasse il debito e unisse l'uomo a Dio». Con la sua consegna amorosa al Padre, nel momento del più grande abbandono e dell'amore più grande, «compì l'opera più meravigliosa di quante ne avesse compiute in cielo e in terra durante la sua esistenza terrena ricca di miracoli e di prodigi, opera che consiste nell'aver riconciliato e unito a Dio, per grazia, il genere umano». Il mistero della Croce di Cristo svela così la gravità del peccato e la immensità dell'amore del Redentore dell'uomo.

Nella vita di fede, il mistero della Croce di Cristo è riferimento abituale e norma di vita cristiana: «Quando le si presenterà qualche sofferenza e disgusto, si rammenti di Cristo crocifisso e taccia. Viva in fede e in speranza, anche se è fra le tenebre, che in esse Dio aiuta l'anima». La fede si converte in fiamma di carità, più forte che la morte, seme e frutto di resurrezione: «e dove non c'è amore, poni amore e ne ricaverai amore». Perché, in definitiva: «Nella sera sarai esaminato sull'amore».

IV. Un messaggio con proiezione universale

17. È motivo di gioia constatare, nel commemorare il IV Centenario della morte di San Giovanni della Croce, la moltitudine di persone che, dalle più varie prospettive, si avvicinano ai suoi scritti: mistici e poeti, filosofi e psicologi, rappresentanti di altre religioni, uomini di cultura e gente semplice.

Vi sono coloro che si avvicinano a lui attratti dai valori umani che rappresenta, come possono essere il linguaggio, la filosofia, la psicologia. A tutti parla della verità di Dio e della vocazione trascendente dell'uomo. Per questo molti, che leggono i suoi scritti solo per la profondità della sua esperienza o la bellezza della sua poesia, assimilano coscientemente o inavvertitamente i suoi insegnamenti. D'altra parte, i mistici, come il nostro Santo, sono i grandi testimoni della verità di Dio e i maestri attraverso i quali il Vangelo di Cristo e la Chiesa Cattolica incontrano, a volte, accoglienza tra i seguaci di altre religioni.

Però è anche guida di coloro che cercano una maggiore intimità con Dio nel seno della Santa Chiesa. Il suo magistero è denso di dottrina e vita. Da lui possono imparare tanto il teologo «chiamato a intensificare la sua vita di fede e a unire sempre la ricerca scientifica e la preghiera», come i direttori di anime, ai quali ha dedicato pagine di grande chiaroveggenza spirituale.

18. Mi piace dirgermi, in modo speciale in questa occasione, alla Chiesa in Spagna, che celebra il IV Centenario della morte del Santo come un avvenimento ecclesiale, che deve proiettarsi negli individui, nelle famiglie, nella società.

Nell'epoca in cui visse Giovanni della Croce, la Spagna era fuoco irradiante di fede cattolica e di proiezione missionaria. Stimolato e, a volte, aiutato da quell'ambiente, il Santo di Fontiveros seppe elaborare una sintesi armonica di fede e cultura, espe-

rienza e dottrina, costruita con i più solidi valori della tradizione teologica e spirituale della sua patria e con la bellezza del suo linguaggio e poesia. In lui gli spagnoli hanno uno dei suoi rappresentanti più universalmente conosciuti.

Oggi la Chiesa spagnola affronta impegni gravi e indeclinabili nel campo della fede e della vita pubblica, come hanno messo in risalto con successo i suoi Vescovi in alcuni dei più recenti documenti. I suoi sforzi devono, poi, orientarsi alla rivitalizzazione della vita cristiana, a fare sì che la fede cattolica, convinta e libera, sia manifestata personalmente e comunitariamente in professione aperta, in vita coerente, in testimonianza di servizio. In una società pluralista come la attuale, la opzione personale di fede dei cristiani esige un nuovo atteggiamento di coerenza con la grazia battesimale, ed una adesione cosciente ed amorosa alla Chiesa, se non si vuole affrontare il rischio dell'anonimato e la tentazione della incredulità.

La Chiesa in Spagna è chiamata anche a prestare un servizio alla società alimentando una adeguata armonia tra il messaggio cristiano e i valori della cultura. Si tratta di suscitare una fede aperta e viva che porti la linfa nuova del Vangelo ai diversi ambiti della vita pubblica. Sintesi che deve essere portata infine anche dai laici cristiani impegnati nei vari settori della cultura. Per questo profondo rinnovamento interiore, comunitario e culturale, Giovanni della Croce offre l'esempio della sua vita e la ricchezza dei suoi scritti.

19. Il crescente interesse che San Giovanni della Croce desta nei nostri contemporanei è motivo di legittima soddisfazione soprattutto per i figli e figlie del Carmelo Teresiano, dei quali è padre, maestro e guida. È anche un segno che il carisma della vita e del servizio che Dio vi ha affidato nella Chiesa prosegue avendo pieno vigore e validità.

Ma il carisma non è possesso materiale o eredità assicurata una volta per sempre. È una grazia dello Spirito che esige da voi fedeltà e creatività, in comunione con la Chiesa, mostrandovi sempre attenti alle sue necessità. A tutti voi che siete figli e fratelli, discepoli e seguaci di Santa Teresa di Gesù e di San Giovanni della Croce, ricordo che la vostra vocazione è motivo di grave responsabilità, più che di gloria.

È certamente un valido servizio alla Chiesa la sollecitudine e la cura con cui curate la presentazione dei suoi scritti e la diffusione del messaggio del vostro Padre e Dottore della Chiesa. E lo è anche lo sforzo per facilitare la comprensione della sua dottrina con studi adeguati e la pedagogia necessaria per iniziare alla sua lettura ed applicazione concreta. La risposta del Carmelo Teresiano, nonostante, deve andare anche oltre. Dovete rispondere con la testimonianza feconda di una ricca esperienza di vita personale e comunitaria. Ogni carmelitano scalzo, ogni comunità, l'Ordine intero, è chiamato a incarnare i tratti che risplendono nella vita e negli scritti di colui che è come «l'immagine viva del carmelitano scalzo»: l'austerità, la intimità con Dio, la preghiera intensa, la fraternità evangelica, la promozione della preghiera e della perfezione cristiana mediante il magistero e la direzione spirituale, come specifico vostro apostolato nella Chiesa.

Quale benedizione sarebbe incontrare la parola e la vita del Santo carmelitano incarnate e personificate in ogni figlio e figlia del Carmelo! Così lo hanno fatto tante sorelle e fratelli vostri che, nell'arco di quattro secoli, hanno saputo vivere la intimità con Dio, la mortificazione, la fedeltà alla preghiera, l'aiuto spirituale fraterno, incluso le notti oscure della fede. Di loro, Giovanni della Croce è stato maestro e modello con la sua vita e i suoi scritti.

20. In questa occasione non posso lasciare di dirigere una parola di gratitudine e di esortazione a tutte le Carmelitane Scalze. Il Santo le ha fatte oggetto della sua predilezione dedicando loro

il meglio del suo apostolato e dei suoi insegnamenti. Sapeva formarle una ad una e in comunità, istruendole e orientandole con la sua presenza e il ministero della confessione. La Madre Teresa di Gesù lo aveva presentato alle sue figlie con le migliori credenziali di direttore spirituale: «uomo celestiale e divino», «molto spirituale e di grande esperienza e dottrina», al quale potevano aprire le loro anime per progredire nella perfezione, «poiché nostro Signore gli ha dato per questo una grazia particolare».

Sono innumerevoli le Carmelitane Scalze che meditando amorosamente gli scritti del Santo Dottore hanno raggiunto alte cime nella vita interiore. Alcune di loro sono universalmente conosciute come sue figlie e discepole. Basti ricordare i nomi di Teresa Margherita del Cuore di Gesù, Maria di Gesù Crocifisso, Teresa di Lisieux, Elisabetta della Trinità, Teresa Benedetta della Croce (Edith Stein), Teresa de los Andes. Proseguite, quindi, a cercare con impegno, mie carissime Carmelitane Scalze, sparse per il mondo intero, questo amore puro della intimità con Dio, che tanto feconda rende la vostra vita nella Chiesa.

Conclusione

21. La evocazione di San Giovanni della Croce, in occasione del IV Centenario della sua morte, mi ha permesso di compar- tecipare alcune riflessioni circa uno dei messaggi centrali del suo magistero: la dimensione della fede evangelica. Un messaggio che lui, nelle condizioni storiche del suo tempo, incarnò nel suo cuore e nella sua vita, e che continua ad essere fecondo nella Chiesa.

Nel concludere questa Lettera mi faccio pellegrino verso il suo paese natale di Fontiveros dove con il battesimo ricevette le primizie della fede, fino al convento andaluso di Ubeda dove passò alla gloria, fino al suo sepolcro in Segovia. Questi luoghi che evocano la sua vita terrena, sono anche per tutto il Popolo di

Dio tempi di venerazione del Santo, cattedra permanente da dove continua ad essere proclamato il suo messaggio di vita teologale.

Nel presentarlo oggi in forma solenne alla Chiesa e al mondo, desidero invitare i figli e le figlie del Carmelo, i cristiani della sua patria, la Spagna, così come quanti cercano Dio per le strade della bellezza, della teologia, della contemplazione, che ascoltino la sua testimonianza di fede e di vita evangelica, perché si sentano attratti, come lui, dalla bellezza di Dio e dall'amore del Cristo, l'Amato.

Al nostro Redentore ed alla sua Santissima Madre raccomandando le attività che durante questo anno giubilare avranno luogo per commemorare il transito alla gloria di San Giovanni della Croce, mentre imparto di cuore la mia Benedizione Apostolica.

Dato in Roma, presso San Pietro, il giorno 14 dicembre, festa di San Giovanni della Croce, Dottore della Chiesa, dell'anno 1990, decimoterzo del mio Pontificato.

HOMILÍA de san Juan Pablo II

en la celebración de la palabra en honor de san Juan de la Cruz
– Segovia, 4 de noviembre de 1982 –

1. «En la grandeza y hermosura de las criaturas, proporcionalmente se puede contemplar a su Hacedor original... Y si se admiraron del poder y de la fuerza, debieron deducir de aquí cuánto más poderoso es su plasmador...; si fueron seducidos por su hermosura..., debieron conocer cuánto mejor es el Señor de ellos, pues es el autor de la belleza quien hizo todas estas cosas».

Hemos proclamado estas palabras del libro de la Sabiduría, queridos hermanos y hermanas, en el curso de esta celebración en honor de san Juan de la Cruz, junto a su sepulcro. El libro de la Sabiduría habla del conocimiento de Dios por medio de las criaturas; del conocimiento de los bienes visibles que muestran a su Artífice; de la noticia que lleva hasta el Creador a partir de sus obras.

Bien podemos poner estas palabras en labios de Juan de la Cruz y comprender el sentido profundo que les ha dado el autor sagrado. Son palabras de sabio y de poeta que ha conocido, amado y cantado la hermosura de las obras de Dios; pero sobre todo, palabras de teólogo y de místico que ha conocido a su Hacedor; y que apunta con sorprendente radicalidad a la fuente de la bondad y de la hermosura, dolido por el espectáculo del pecado que rompe el equilibrio primitivo, ofusca la razón, paraliza la voluntad, impide la contemplación y el amor al Artífice de la creación.

2. Doy gracias a la Providencia que me ha concedido venir a venerar las reliquias, y a evocar la figura y doctrina de san Juan de la Cruz, a quien tanto debo en mi formación espiritual. Aprendí a conocerlo en mi juventud y pude entrar en un diálogo íntimo con este maestro de la fe, con su lenguaje y su pensamiento, hasta culminar con la elaboración de mi tesis doctoral sobre *La fe en san Juan de la Cruz*. Desde entonces he encontrado en él un amigo y maestro, que me ha indicado la luz que brilla en la oscuridad, para caminar siempre hacia Dios,

«sin otra luz ni guía
que la que en el corazón ardía.
Aquesta me guiaba
más cierto que la luz del mediodía».

En esta ocasión saludo cordialmente a los miembros de la provincia y diócesis de Segovia, a su Pastor, a los sacerdotes, religiosos y religiosas, a las autoridades y a todo el Pueblo de Dios que vive aquí, bajo el cielo limpio de Castilla, así como a los venidos de las zonas cercanas y de otras partes de España.

3. El santo de Fontiveros es el gran maestro de los senderos que conducen a la unión con Dios. Sus escritos siguen siendo actuales, y en cierto modo explican y complementan los libros de santa Teresa de Jesús. El indica los caminos del conocimiento mediante la fe, porque sólo tal conocimiento en la fe dispone el entendimiento a la unión con el Dios vivo.

¡Cuántas veces, con una convicción que brota de la experiencia, nos dice que la fe es el medio propio y acomodado para la unión con Dios! Es suficiente citar un célebre

texto del libro segundo de la *Subida del Monte Carmelo*: «La fe es sola el próximo y proporcionado medio para que el alma se una con Dios... Porque así como Dios es infinito, así ella nos lo propone infinito; y así como es Trino y Uno, nos le propone Trino y Uno... Y así, por este solo medio, se manifiesta Dios al alma en divina luz, que excede todo entendimiento. Y por tanto cuanto más fe tiene el alma, más unida está con Dios».

Con esta insistencia en la pureza de la fe, Juan de la Cruz no quiere negar que el conocimiento de Dios se alcance gradualmente desde el de las criaturas; como enseña el libro de la Sabiduría y repite san Pablo en la Carta a los Romanos. El Doctor Místico enseña que en la fe es también necesario desasirse de las criaturas, tanto de las que se perciben por los sentidos como de las que se alcanzan con el entendimiento, para unirse de una manera cognoscitiva con el mismo Dios. Ese camino que conduce a la unión, pasa a través de la noche oscura de la fe.

4. El acto de fe se concentra, según el santo, en Jesucristo; el cual, como ha afirmado el Vaticano II, a «es a la vez el mediador y la plenitud de toda la revelación». Todos conocen la maravillosa página del Doctor Místico acerca de Cristo como Palabra definitiva del Padre y totalidad de la revelación, en ese diálogo entre Dios y los hombres: «Él es toda mi locución y respuesta, y es toda mi visión y toda mi revelación. Lo cual os he ya hablado, respondido, manifestado y revelado, dándoosle por hermano, compañero y maestro, precio y premio».

Y así, recogiendo conocidos textos bíblicos, resume: «Porque en darnos como nos dio a su Hijo, que es una Pa-

labra suya, que no tiene otra, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola palabra, y no tiene más que hablar». Por eso la fe es la búsqueda amorosa del Dios escondido que se revela en Cristo, el Amado.

Sin embargo, el Doctor de la fe no se olvida de puntualizar que a Cristo lo encontramos en la Iglesia, Esposa y Madre; y que en su magisterio encontramos la norma próxima y segura de la fe, la medicina de nuestras heridas, la fuente de la gracia: «Y así» —escribe el santo— «en todo nos habemos de guiar por la ley de Cristo hombre y de la Iglesia y sus ministros, humana y visiblemente, y por esa vía remediar nuestras ignorancias y flaquezas espirituales; que para todo hallaremos abundante medicina por esta vía».

5. En estas palabras del Doctor Místico encontramos una doctrina de absoluta coherencia y modernidad.

Al hombre de hoy angustiado por el sentido de la existencia, indiferente a veces ante la predicación de la Iglesia, escéptico quizá ante las mediaciones de la revelación de Dios, Juan de la Cruz invita a una búsqueda honesta, que lo conduzca hasta la fuente misma de la revelación que es Cristo, la Palabra y el Don del Padre. Lo persuade a prescindir de todo aquello que podría ser un obstáculo para la fe, y lo coloca ante Cristo. Ante El que revela y ofrece la verdad y la vida divinas en la Iglesia, que en su visibilidad y en su humanidad es siempre Esposa de Cristo, su Cuerpo Místico, garantía absoluta de la verdad de la fe.

Por eso exhorta a emprender una búsqueda de Dios en la oración, para que el hombre caiga en la cuenta de su finitud temporal y de su vocación de eternidad. En el silencio

de la oración se realiza el encuentro con Dios y se escucha esa Palabra que Dios dice en eterno silencio y en silencio tiene que ser oída. Un grande recogimiento y un desasimiento interior, unidos al fervor de la oración, abren las profundidades del alma al poder purificador del amor divino.

6. Juan de la Cruz siguió las huellas del Maestro, que se retiraba a orar en parajes solitarios. Amó la soledad sonora donde se escucha la música callada, el rumor de la fuente que mana y corre aunque es de noche. Lo hizo en largas vigili-as de oración al pie de la Eucaristía, ese «vivo pan» que da la vida, y que lleva hasta el manantial primero del amor trinitario.

No se pueden olvidar las inmensas soledades de Duruelo, la oscuridad y desnudez de la cárcel de Toledo, los paisajes andaluces de la Peñuela, del Calvario, de los Mártires, en Granada. Hermosa y sonora soledad segoviana la de la ermita-cueva, en las peñas grajeras de este convento fundado por el santo. Aquí se han consumado diálogos de amor y de fe; hasta ese último, conmovedor, que el santo confiaba con estas palabras dichas al Señor que le ofrecía el premio de sus trabajos: «Señor, lo que quiero que me deis es trabajos que padecer por vos, y que sea yo menospreciado y tenido en poco». Así hasta la consumación de su identificación con Cristo Crucificado y su pascua gozosa en Úbeda, cuando anunció que iba a cantar maitines al cielo.

7. Una de las cosas que más llaman la atención en los escritos de san Juan de la Cruz es la lucidez con que ha descrito el sufrimiento humano, cuando el alma es embestida por la tiniebla luminosa y purificadora de la fe.

Sus análisis asombran al filósofo, al teólogo y hasta al psicólogo. El Doctor Místico nos enseña la necesidad de una purificación pasiva, de una noche oscura que Dios provoca en el creyente, para que más pura sea su adhesión en fe, esperanza y amor. Sí, así es. La fuerza purificadora del alma humana viene de Dios mismo. Y Juan de la Cruz fue consciente, como pocos, de esta fuerza purificadora. Dios mismo purifica el alma hasta en los más profundos abismos de su ser, encendiendo en el hombre la llama de amor viva: su Espíritu.

Él ha contemplado con una admirable hondura de fe, y desde su propia experiencia de la purificación de la fe, el misterio de Cristo Crucificado; hasta el vértice de su desamparo en la cruz, donde se nos ofrece, como él dice, como ejemplo y luz del hombre espiritual. Allí, el Hijo amado del Padre «fue necesitado de clamar diciendo: ¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has desamparado? Lo cual fue el mayor desamparo sensitivamente que había tenido en su vida. Y así en él hizo la mayor obra que en toda su vida con milagros y obras había hecho, ni en la tierra ni en el cielo, que fue reconciliar y unir al género humano por gracia con Dios».

8. El hombre moderno, no obstante sus conquistas, roza también en su experiencia personal y colectiva el abismo del abandono, la tentación del nihilismo, lo absurdo de tantos sufrimientos físicos, morales y espirituales. La noche oscura, la prueba que hace tocar el misterio del mal y exige la apertura de la fe, adquiere a veces dimensiones de época y proporciones colectivas.

También el cristiano y la misma Iglesia pueden sentirse identificados con el Cristo de san Juan de la Cruz, en el culmen de su dolor y de su abandono. Todos estos sufrimientos han sido asumidos por Cristo en su grito de dolor y en su confiada entrega al Padre. En la fe, la esperanza y el amor, la noche se convierte en día, el sufrimiento en gozo, la muerte en vida.

Juan de la Cruz, con su propia experiencia, nos invita a la confianza, a dejarnos purificar por Dios; en la fe esperanzada y amorosa, la noche empieza a conocer «los levantes de la aurora»; se hace luminosa como una noche de Pascua —*O vere beata nox!*—, «¡Oh noche amable más que la alborada!»— y anuncia la resurrección y la victoria, la venida del Esposo que junta consigo y transforma al cristiano: «Amada en el Amado transformada».

¡Ojalá las noches oscuras que se ciernen sobre las conciencias individuales y sobre las colectividades de nuestro tiempo, sean vividas en fe pura; en esperanza «que tanto alcanza cuanto espera»; en amor llameante de la fuerza del Espíritu, para que se conviertan en jornadas luminosas para nuestra humanidad dolorida, en victoria del Resucitado que libera con el poder de su cruz!

9. Hemos recordado en la lectura del Evangelio las palabras del profeta Isaías, asumidas por Cristo: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres; me envió a predicar a los cautivos la libertad, a los ciegos la recuperación de la vista; para poner en libertad a los oprimidos, para anunciar el año de gracia del Señor».

También el «santico de Fray Juan» –como decía la madre Teresa– fue, como Cristo, un pobre que evangelizó con inmenso gozo y amor a los pobres; y su doctrina es como una explicación de ese evangelio de la liberación de esclavitudes y opresiones del pecado, de la luminosidad de la fe que cura toda ceguera. Si la Iglesia lo venera como Doctor Místico desde el año 1926, es porque reconoce en él al gran maestro de la verdad viva acerca de Dios y del hombre.

La *Subida del Monte* y la *Noche oscura* culminan en la gozosa libertad de los hijos de Dios en la participación en la vida de Dios y en la comunión con la vida trinitaria. Sólo Dios puede liberar al hombre; éste sólo adquiere totalmente su dignidad y libertad, cuando experimenta en profundidad, como Juan de la Cruz indica, la gracia redentora y transformante de Cristo. La verdadera libertad del hombre es la comunión con Dios.

10. El texto del libro de la Sabiduría nos advertía: «Si pueden alcanzar tanta ciencia y son capaces de investigar el universo, ¿cómo no conocen más fácilmente al Señor de él?». He aquí un noble desafío para el hombre contemporáneo que ha explorado los caminos del universo. Y he aquí la respuesta del místico, que desde la altura de Dios descubre la huella amorosa del Creador en sus criaturas y contempla anticipada la liberación de la creación.

Toda la creación, dice san Juan de la Cruz, está como bañada por la luz de la encarnación y de la resurrección: «En este levantamiento de la Encarnación de su Hijo y de la gloria de su Resurrección según la carne no solamente hermoseó el Padre las criaturas en parte, mas podremos decir que

del todo las dejó vestidas de hermosura y dignidad». El Dios que es «Hermosura» se refleja en sus criaturas.

En un abrazo cósmico que en Cristo une el cielo y la tierra, Juan de la Cruz ha podido expresar la plenitud de la vida cristiana: «No me quitarás, Dios mío, lo que una vez me diste en tu único Hijo Jesucristo en quien me diste todo lo que quiero... Míos son los cielos y mía es la tierra; mías son las gentes; los justos son míos, y míos los pecadores; los ángeles son míos, y la Madre de Dios y todas las cosas son mías, y el mismo Dios es mío y para mí, porque Cristo es mío y todo para mí».

11. Hermanos y hermanas: He querido rendir con mis palabras un homenaje de gratitud a san Juan de la Cruz, teólogo y místico, poeta y artista, «hombre celestial y divino» —como lo llamó santa Teresa de Jesús—, amigo de los pobres y sabio director espiritual de las almas. Él es el padre y maestro espiritual de todo el Carmelo Teresiano, el forjador de esa fe viva que brilla en los hijos más eximios del Carmelo: Teresa de Lisieux, Isabel de la Trinidad, Rafael Kalinowski, Edith Stein.

Pido a las hijas de Juan de la Cruz, las Carmelitas descalzas, que sepan vivir las esencias contemplativas de ese amor puro que es eminentemente fecundo para la Iglesia. Recomendando a sus hijos, los carmelitas descalzos, fieles custodios de este convento y animadores del Centro de espiritualidad dedicado al santo, la fidelidad a su doctrina y la dedicación a la dirección espiritual de las almas, así como al estudio y profundización de la teología espiritual.

Para todos los hijos de España y de esta noble tierra segoviana, como garantía de revitalización eclesial, dejo estas hermosas consignas de san Juan de la Cruz que tienen alcance universal: clarividencia en la inteligencia para vivir la fe: «Un solo pensamiento del hombre vale más que todo el mundo; por tanto sólo Dios es digno de él». Valentía en la voluntad para ejercitar la caridad: «Donde no hay amor, ponga amor y sacará amor». Una fe sólida e ilusionada, que mueva constantemente a amar de veras a Dios y al hombre; porque al final de la vida, «a la tarde te examinarán en el amor».

Con mi bendición apostólica para todos.

Índice

Introducción general a toda la colección	5
Carta apostólica <i>Maestro en la fe</i>	15
Apéndice 1: Lettera ap. <i>Maestro della fede</i>	43
Apéndice 2: Homilía de san Juan Pablo II en la celebración de la palabra en honor de san Juan de la Cruz	63
Índice	73

Se terminó de realizar esta 2ª edición en el
MONASTERIO «CHARLES DE FOUCAULD»,
en La Marsa, TÚNEZ,
el día 7 de junio de 2020,
Solemnidad de la SANTÍSIMA TRINIDAD.

– *DEO GRATIAS* –

«Maestro en la fe y en la vida teologal, Juan de la Cruz nos ha inculcado la necesidad de ser purificados por el Espíritu del Señor, para desarrollar una acción apostólica incisiva y eficaz. Pues existe una estrecha conexión entre la contemplación y el empeño por la transformación del mundo... La humilde y austera figura de este carmelita irradia con sus escritos, que se revelan ahora mismo de grande actualidad, una grande luz para penetrar en el misterio de Dios y en el misterio del hombre. Él, que tuvo un sentido particular de la trascendencia divina, oriente nuestra miradas en la hora de la nueva evangelización».

(San Juan Pablo II)

